

me remonte un instante al tiempo tristemente memorable del saqueo de la Ciudad Eterna por las tropas del Condestable Borbón. ¿Quién no se estremece al recordarla? ¿Quién no tiembla de espanto al ver á San Cayetano burlado y maltratado por la desenfrenada soldadesca? Leed despacio la historia de los horrores y crímenes consumados en este mismo lugar donde hoy nos hallamos reunidos, en los monasterios y Basílicas de esta Santa Ciudad. Repasad, si tenéis valor, los oprobios cometidos con los sacerdotes y las vírgenes, con los Prelados y Padres Purpurados; las profanaciones que padecieron los altares y tabernáculos, las reliquias de los mártires y aún las mismas sacratísimas especies. Considerad que estas lamentables escenas no duraron un solo día, ni una semana, sino ocho largos meses, y que fueron obra no de los bárbaros de Atila, ni de los mahometanos de Solimán, sino de las huestes del muy católico emperador Carlos V. Consideradlo y decidme: ¿tienen que envidiar nuestros tiempos á los del Santo cuya imagen contemplamos sobre ese altar? Y sin embargo, ni á él ni á sus contemporáneos los asustaron las persecuciones y la apostasía casi general, ni los amedrentaron los desastres, ni se desalentaron con ver á la Iglesia abofeteada por la mano del mismo que se declaraba su protector y su hijo amoroso.

Muy largo sería si recorriendo siglo por siglo y nación tras nación, os hiciera ver que, salvo pasajeros períodos, en el establo hallaron nuestros padres á Jesucristo, y del establo lo condujeron al trono, pasando por mayores dificultades que las que á nosotros nos parecen invencibles. No llevéis á mal, sin embargo, que os invite á traslada-

ros con la imaginación á España al espirar el primer siglo, ó si queréis mejor, el segundo, después de la desastrosa batalla del Guadalete. ¿Qué vemos en este país que tan justamente ha adquirido y conserva el título de católico por excelencia? Los restos de la vencida monarquía goda han salido, es cierto, de la estrechez de Covadonga, y ya empiezan á formarse los reinos y principados católicos, que más tarde han de restablecer el reinado de Cristo en la península. Pero ¡cuán inferiores son estas entidades nacientes, al imperio de los Musulmanes! ¿Qué corte de las recién formadas puede compararse en prosperidad, y en ciencia, y en letras á la de los Califas de Córdoba? Por más que se hayan ido engrosando los ejércitos cristianos, ¡cuán superiores son todavía las huestes mahometanas! ¡Cuánto terreno hay aún que reconquistar! Y sobre todo, ¡cuánto se ha perdido en la moral! No parece sino que Dios, irritado por los crímenes de aquellos que tanto lo han ofendido, ha querido borrar hasta sus nombres de la tierra que les concediera en herencia, y sujetar su cerviz para siempre al yugo del infiel. Y fuera de España, éste infesta los mares y va conquistando reino tras reino. ¿Será que la Providencia quiera establecer en todo el mundo el dominio de la Media Luna? ¿No serán inútiles los esfuerzos aislados de los cristianos de Iberia en vista de tantos y tan señalados triunfos? ¿No será mejor entrar en pactos con el enemigo, y resignarse á perecer en la borrasca que somos incapaces de conjurar?

¡Ah, Señores! Mientras más reflexiones hagamos, mientras más procuremos identificarnos con los españoles de aquellos tiempos, más y más comprenderemos su

situación difícil, y veremos las innumerables causas que tenían para desalentarse en su gigantesca empresa, y aun de abandonarla para siempre.

Y no se desalentaron, por cierto. Avanzad otras seis centurias, y ved qué reino tan católico y tan floreciente ha venido á sustituir al imperio de los Árabes. De él, en verdad, puede decirse, *Beatus populus cuius Dominus Deus ejus*. No admite en su seno al infiel; nadie puede morar en su territorio que no profese la Religión de Cristo en toda su pureza; y más bien que contaminarse con la presencia de los que blasfeman á Jesús, prefiere perder grandes riquezas, y renunciar á mil ventajas materiales. Pero el Señor lo recompensa y extiende su poder por mar y por tierra, y dilata sus dominios en ambos hemisferios, como no lo ha hecho después con ningún otro pueblo de la tierra.

No es mi intento, Señores, el haceros contemplar este cuadro grandioso. Sólo cumple á mi objeto el indicaros cuánto costó el sostener ese trono fabricado á Cristo por la constancia de ocho siglos.

Hoy que ya la herejía protestante ha perdido su influjo; que la hemos visto destruirse por sí sola, y en que, más bien que susto, nos causan risa sus esfuerzos por introducirse en los países católicos del mediodía, hoy no podemos siquiera figurarnos el peligro tan grande que corrieron nuestros mayores, de perder para sí y para nosotros el precioso tesoro de la Fé; ni sabemos admirar el mérito insigne del religioso monarca, que salvó á España de la herejía. Ved en qué se convirtió la *Isla de Santos*; mirad el vasto país evangelizado por San Bonifacio, echad una ojeada á esas comarcas de que el error se en-

señoreó tan fácilmente; pues bien, tal habría sido la suerte de España, tal sería nuestro fatal destino, sin Felipe II y los hombres que con él lucharon, que con él padecieron, que con él triunfaron.

Nuestra misión, Señores, está erizada de iguales, pero no mayores dificultades, que las que vencieron nuestros antepasados. El trono de Dios está derribado en la sociedad, en la familia, en las letras, en las ciencias, en todas partes. Es fuerza levantarlo, es menester ante todo adorar á Jesús en el establo y á despecho de sus enemigos, y después hacer que estos mismos lo adoren con nosotros, y que así en el hogar como en las regiones del poder, así en el templo como en el palacio, Cristo venza, Cristo reine, Cristo impere. ¿Cómo llevar á cabo tan difícil empresa? Imitando las virtudes que en los Magos resplandecieron en su viaje, en su permanencia en Belén, y en su regreso.

No se sabe de cierto la duración del viaje de los Magos. ¿Sería sólo de trece días, como opina el Crisóstomo, ó de casi dos años como afirman San Agustín, y con él otros Padres de la Iglesia? *Non ante paucos dies, sed ante ferme biennium sicut inquirenti Herodi patefecerunt, unde a bimatu et infra scriptum est secundum tempus quod exquisierat a Magis*. Escoged, si queréis, un término medio, é imaginaos á aquella comitiva caminando largos meses al azar por arenosos desiertos, sin adivinar adónde iban, ni calcular el término de su viaje. Los tres Magos, es cierto, veían la estrella milagrosa, que los animaba en su incertidumbre; pero aquella multitud de criados y cortesanos, de siervos y de soldados, ¿con qué inquietud, con qué descontento no caminaría en pos de

sus amos, que necesariamente calificaría de tiranos y locos? ¡Qué valor y qué constancia se requerían para mantener en la debida obediencia á aquella heterogénea muchedumbre! Los Santos Padres comparan la fé de los Magos á la que alentó á Abraham al abandonar su patria y su parentela, y dan á los primeros la palma en el parangón. Permitidme hacer el paralelo del viaje de los Reyes de Oriente, con otra célebre expedición que conocemos con todos los pormenores que de aquella nos faltan. Recordad los peligros que Cristóbal Colón corrió en medio del Océano, por causa de sus amotinados compañeros. ¡A qué ardidés tuvo que recurrir! ¡Qué alma de acero se necesitó para resistir á las instancias, á los reproches, á las amenazas de aquellos hombres sin fé, ni letras, que querían á todo trance abandonar la arriesgada empresa! ¡Y él les ofrecía un nuevo mundo! ¡Y él hacía brillar á sus ojos tesoros y riquezas que habían de hallar en las no lejanas tierras! Los Magos, en tanto, nada tenían con que animar á su desalentado séquito. Ellos no iban á descubrir nuevos reinos, sino á someterse á un rey desconocido; no buscaban minas ni tesoros, sino que llevaban el oro y los perfumes de su casa para ponerlos á los piés de un recién nacido: Colón conocía su rumbo, sabía por sus cálculos el término de su viaje; los Reyes ignoraban adónde habían de parar.

Esta fé, esta constancia, este valor ha de servirnos de ejemplo en nuestro viaje en pos de Jesucristo. También á nosotros nos considera locos el mundo. También nosotros caminamos en medio de mil tentaciones, y no es maravilla que nos quieran abandonar aun nuestros más fieles compañeros. También nosotros, al llegar á Belén,

encontraremos la misma desolación, la misma pobreza, y suscitaremos en torno nuestro la misma perturbación que en Jerusalén.

Pero guardémonos de ser causa voluntaria de discordias y conmociones. Agítense todos en hora buena; pero nosotros permanezcamos impasibles, sin tener la menor parte en las agitaciones. ¿No hubiera sido fácil á los Magos asaltar con sus tropas el palacio de Herodes? ¿No se hubieran agrupado en derredor de esa escolta lucida y esos opulentos caudillos, los numerosos judíos que suspiraban por sacudir aquel extraño y ominoso yugo? Ese oro, al parecer tan mal colocado en el establo, ¿no habría podido emplearse en reclutar nuevas fuerzas para conducir á su trono al Rey de los Judíos que acababa de nacer?

Y con todo, ¡cuán diverso fué el proceder de los Magos! Postrados en tierra ofrecieron tranquilamente sus dones, y obedientes á la voz del Señor que les habló en sueños, regresaron á su patria por camino diverso del que llevaron.

Regresaron; pero para ser predicadores de Jesucristo, desempeñando cada cual en su reino la misión sublime del Apóstol. En las remotas comarcas que los vieron nacer, pudieron de este modo pacífico y prudente extender el reino de Dios, como no hubieran podido hacerlo en Jerusalén por la violencia, ni en parte alguna, antes de la hora señalada por la mano del Altísimo.

Tal es, igualmente, nuestra misión. En el fondo del hogar doméstico, en las escuelas y ateneos, en que se educa la juventud, entre nuestros criados, subalternos y dependientes, prediquemos á Jesucristo y preparemos

pacíficamente su triunfo, para cuando suene la hora deseada. No pretendamos violentar el brazo de Dios ni acelerar el momento que ignoramos. Mientras éste llega, contentémonos con ofrecer en el establo el incienso de una oración ferviente y constante; el oro de una caridad ardiente que el hielo del mundo no pueda resfriar; la mirra de una penitencia que satisfaga por los pecados propios y por los de nuestros semejantes.

Que nada nos arredre en nuestro pacífico apostolado; que nada nos amedrente cuando llegue la hora de acometer empresas arriesgadas; que ningún obstáculo nos impida el cambiar la faz de la tierra, y muy especialmente la de aquellas regiones en que se habla el idioma español.

Una sociedad, que en silencio y sin pretensiones, conserva la fé de Jesucristo y la esparce al propio tiempo entre aquellos que aún no han tenido la dicha de recibirla, es la piadosa asociación á que somos deudores de estas solemnidades, la piadosa *Asociación de las Misiones*. Testigo yo mismo de sus trabajos así en esta Eterna Ciudad, como en las Islas Británicas, y en los Estados Unidos de América, no puedo menos que recomendarla, españoles, á vuestra generosidad, invitándoos á depositar vuestro óbolo en sus pequeñas arcas, y al pié de la cuna de Nuestro Salvador. El niño recién nacido os pagará con dones espirituales vuestras generosas ofrendas, y os bendecirá, no lo dudéis, como yo en su nombre os bendigo.

SERMÓN

PREDICADO EN LA CAPILLA DEL COLEGIO DE NIÑAS DE MONTERREY
EL 6 DE FEBRERO DE 1881, OCTAVO ANIVERSARIO DE LA
FUNDACIÓN DE LA SANTA INFANCIA.